LOS TAPICES DE LA CATEDRAL DE BADAJOZ

Juan Carlos Moreno Piñero
Director de la Fundación Academia Europea e Iberoamericana de Yuste

El 17 de septiembre de 1556, Carlos I de España y V de Alemania abandonó por última vez Flandes. En aquellos momentos postreros hizo balance de sus viajes recordando que "nueve veces fui a Alemania la Alta, seis he pasado en España, siete en Italia, diez he venido aquí a Flandes; cuatro, en tiempo de paz y guerra, he entrado en Francia; dos en Inglaterra, otras dos fui contra África; las cuales todas son cuarenta, sin otros caminos de menos cuenta que por visitar mis tierras tengo hechos. Y para esto he navegado ocho veces el Mar Mediterráneo y tres el Océano de España, y agora será la cuarta que pasaré para sepultarme". El 28 de ese mes llegó a Laredo y el 6 de octubre comenzó un largo y penoso viaje hacia Extremadura, unas veces en silla a brazos y otras en litera. Tras una estancia de tres meses en el castillo de los Condes de Oropesa, el emperador llegó a Yuste el 3 de febrero de 1557. En fechas cercanas, unos tapices flamencos hicieron un viaje semejante hasta Extremadura.

Podemos considerar que se trata de una curiosa coincidencia o que el azar es muy caprichoso o pudiera ser una mera anécdota histórica que nos hace sonreír; ignoro si Carlos conocía su existencia o su destino pero me gustaría pensar que de algún modo estos bellos tapices forman parte del legado espiritual dejado por el emperador, del que hoy nos beneficiamos.

Carlos V no fue un rey más sino el primero que antepuso los intereses de Europa a los nacionales, quien defendió la política sin fronteras, quien ideó una Europa política y que fue "al mismo tiempo el último de los herederos de Carlomagno y el precursor de los federalistas de la Europa de la época moderna", en palabras de Salvador de Madariaga. Del mismo modo, esos tapices que se tejieron en Flandes, que viajaron por media Europa y que han dormido durante siglos en Extremadura, encarnan el patrimonio común europeo sin que quepan estrechos patrimonialismos nacionales, al modo en que Carlos concibió una Europa sin fronteras, unida en su diversidad, in varietate concordia, precisamente el lema adoptado por la Unión Europea. Unos tapices que provenían de una tierra en la que convivía la cultura clásica con el cristianismo y con nuevos pensadores que rompían con el pasado. Unos tapices que vinieron a parar a una tierra que no era yerma pues fértil ha de considerarse una región que como la extremeña en el siglo XVI alumbró a personalidades de la talla de Torres Naharro, San Pedro de Alcántara, Arias Montano, Diego de Arce, Hernán Cortés, Fray Luis de Carvajal, El Brocense, Juan Vázquez, el P. Maldonado, el Cardenal Silíceo, Francisco de Aldana el Divino y Luis Zapata.

Y en Extremadura, siglos después, vuelven los tapices a ser admirados y estudiados por eminentes especialistas que también han viajado desde diferentes rincones de Europa para hacernos ver más allá de la visión que nuestros ojos nos depara, visión bella -sin duda- pero también necesitada de la mano experta que la guíe hasta escudriñar los misterios del tapiz.

Estoy convencido de que el difícil equilibrio que busca preservar la identidad de cada cual -sin romper por ello la unidad-, la consideración por lo ajeno hasta llegar a sentirlo como propio sólo se consigue a través de la cultura. Y hablo de cultura en sentido extenso y profundo: cultura es conocer al diferente y respetarlo; cultura es saber que cada uno de nosotros somos una gota en el océano de la Historia y que somos lo que somos porque hubo otros muchos que vivieron antes que nosotros y fueron construyendo un mundo que es el que tenemos que vivir y conservar para legarlo a las futuras generaciones. De ahí la necesidad de proteger nuestro patrimonio cultural y saber gestionarlo adecuadamente. Como los tapices flamencos que atesora la Catedral de Badajoz.